

ture Latine (vol. III, p. 188) «Todos estos yerros de Cicerón no  
« los disimulo. Mas al censurarlos no puedo menos que pensar  
« cuán difícil y a la vez cuán gloriosa debiera aparecernos la si-  
« tuación de este hombre que por toda arma no tiene más que su  
« palabra para combatir a una multitud de ambiciosos rodeados  
« de legiones de su amaño; que se ve obligado a apoyarse ya en el  
« uno, ya en el otro para defender la causa legítima; que siempre  
« fiel a la República, en el tiempo mismo de la dictadura, no  
« desespera de atraer al Dictador a la idea de reconstituir un  
« gobierno liberal; y que, si hasta el fin se entrega a sus ilusiones,  
« no obedece jamás en esta ceguera sino al más ardoroso, al más  
« puro patriotismo, logra reanimar el entusiasmo en un pueblo  
« degenerado y le hace aclamar todavía una vez, en el Foro,  
« esa palabra de libertad que jamás volverá a resonar ahí des-  
« pués de él».

Este Cicerón es el que no nos muestra debidamente el libro de don Alejandro Vicuña.—LEO PAR. Mayo 20 de 1935.



UN LIBRO DE AGUILERA MALTA. «Canal Zone», novela.—Editorial Ercilla. Colección América.

Aspero y galopante este libro de las tierras conquistadas, áspero y galopante como la vida siempre fustigada y torva del chombo. «Canal Zone» es exactamente eso: la interpretación del nativo y de su existencia en las desgraciadas orillas del Canal. Aunque escrito por un ecuatoriano, sangra el libro la íntima tragedia del istmo, cuyo tajo dominador y ciego como el destino infunde el presente y el mañana panameños, con la imponencia fría y cruel de una bárbara divinidad. En efecto, a la luz de las páginas de «Canal Zone», la conquista yanqui estructurada en el cemento armado del Canal, simboliza para el nativo el advenimiento del dios malo, del Moloch insaciable,

No tiene «Canal Zone» la gracia, la armonía de la obra perfectamente repartida, producto de las viejas culturas sabias y sutiles. No hay en «Canal Zone» tal sabiduría ni tal sutileza. Hay luz de sol implacable y pulso de barbarie encadenada. Crudeza ardiente, sensual, de bestia humana que mira con ojos todavía espantados, desesperados por la impotencia. No se ha pretendido componer, haciendo trasiego de lecturas, un libro agradable para la negligencia de un mundo aburrido y dispéptico. Se ha querido y logrado escribir y vocear una verdad modelada en hirviente lava de tragedia racial, levantar una luz, todavía humeante de tinieblas y de presentimientos, sobre los hombres de un continente, para que lleven alguna vez su sentido fraternal hacia el cordón de tierra marcado por la desgracia que trae consigo la violencia. Se diría que «Canal Zone» está escrito con el pulso jadeante del chombo que sufre en manos y pies la pesada argolla del esclavo, con la pasión desesperada de la sangre negra que ya no sabe pedir socorro y cumple su destino. Águileira Malta, amasado con tierra de América, se agita con semejante ritmo bajo el sol del trópico y responde así al espíritu de un pueblo, cuya historia desaparecerá como corriente de agua en el desierto.

La vida de Pedro Coorsi, chombo, estructura la síntesis del libro, bajo la influencia de la divinidad extraña abierta en la tranquila existencia del país: el Canal. Desde el nacimiento de Coorsi hasta su muerte trágica y vulgar, la gigantesca obra del imperialismo lo mantiene bajo su tenebrosa garra. Hijo de chomba y de un griego aventurero que termina despedazado por las mandíbulas del monstruo, Pedro Coorsi, estimulado acaso por la porción blanca de su sangre, pretende desviar la humilde trayectoria de su vida, sobreponerse a la tara del color mediante el brillo de su inteligencia, mejor cultivada que la de todos los de su raza, y atraer sobre ellos y sobre sí la atención y el respeto que se merecen.

La madre chomba objeta:

--«Hay que soportar, Pedro. Es nuestro delito. Este rostro obscuro, estos cabellos apretados, estos labios gruesos son una valla ante los blancos. Tenemos que tolerarlo. No sé para qué estudias. Yo trataría, más bien, de ingresar al Artes y Oficios. O emprender cualquier negocio. Nunca te perdonarán tu color. Te será difícil ganarte la vida en esas condiciones.

«Pero en ese momento surgió en Pedro Coorsi, la otra sangre que llevaba dentro:

—«No, madre. Yo seguiré estudiando. No importa que hagan lo que quieran los blancos. Ya veremos si es posible que yo sea algo. Pueden ahora despreciarme. Ya verán más tarde. Además aquí en Panamá, hay muchos negros. Y puede ser que algún día...».

Pero cuando la educación de Coorsi lleva las mejores expectativas, el Canal le mata a su padre; el joven comprende que es necesario ganarse el pan. Lo hace sin desesperar mucho. Entra en las linotipias de un gran diario y un buen día la crisis lo arroja de nuevo a la calle. Comienza la desesperación, esa forma de locura que en algunas razas alcanza densidad de letargo y de penetrante y angustiosa tristeza.

La crisis que sobreviene con la terminación del Canal crea en el pueblo panameño diversos conflictos. Coorsi comienza la lucha social y sus movimientos ciegos y anhelantes lo llevan, poco a poco, hacia un destino peor. Huelgas, manifestaciones y la consiguiente nota pintoresca y decisiva de la traición interna, terminan por hacer de esta pobre vida chomba un deshecho social, como la gran masa de la población panameña. Vencido, caído en los más bajos menesteres, sin haber logrado jamás el deleite del triunfo contra aquella fuerza terrible que viene del Canal erizado de acero, de insolencia y de lamentos, Coorsi muere en un accidente.

Su época de agitador nos lleva hasta las raíces del bajo pueblo. Su miseria, igual a la de todos los pueblos indoamericanos, sucia e indolente, su abandono total de parte de los gobier-

nos. La agitación logra infundirles aliento de dignidad, que luego se pierde sin haber dado su fruto. Esta esforzada batalla para subsistir,—distensión de muchedumbre que forcejea con las amarras para levantarse y respirar el aire de una vida menos vil,—tiene un solo enemigo visible: el Canal. Tras él está la raza odiada. El libro da a entender que cualquier movimiento, simulado o no, estará orientado contra la insolencia rubia. El Canal es eso: el abuso, el crimen, la violación de la hermana, de la esposa, de la madre, las ametralladoras voraces, el desprecio. Pocas palabras en la literatura indoamericana, tienen el sentido trágico de sarcasmo, homicida, de aquel *Welcome*, que brilla allí, torvo y bruñido como un puñal, ganoso de carne rubia. Por lo demás, los invasores lo saben. Un marino de la gran flota en maniobras, habla: «Todos nos odian, todos nos miran con terror. En Nicaragua, cuando llegábamos a algún sitio, se daba la señal de dispersión. No se nos daba ni agua. Es verdad que cuando vamos a algún país latinoamericano el Gobierno nos festeja. Pero el pueblo no. Si salimos solos y hay una oportunidad nos hacen flecos»... «No somos culpables. Ni cuando violamos una mujer, ni cuando nos emborrachamos y cometemos atropellos. Ni cuando apoyamos el avance de una política nefasta en uno de los países latinoamericanos. Desgraciadamente se nos ha convertido en una máquina».

Hay, pues, en «Canal Zone», mayor porción de humanidad y de intención rebelde, que mera literatura. Es un libro de emoción y de inquietud elemental.

«El estilo—dice Wolfflin—es la expresión de una época y de una sentimentalidad nacional, así como expresión de un temperamento individual». Aguilera Nalca trasunta en su último libro el pulso desigual, premioso, de una raza herida, el pensamiento y el dolor de un pueblo condenado a morir pisoteado. Es un estilo que a veces jadea, como si la necesidad violenta de la confesión le dejara de súbito sin aliento. De ahí la frase rápida, substantiva, mutilada a veces, como un grito ahogado en la som-

bra. De ahí, asimismo, su intensidad y su calor, que a veces nos lleva a acariciar las páginas como se acaricia un miembro herido.

Aguilera Malta entra con entereza de anunciador de nuevos tiempos en la joven y ya maestra literatura ecuatoriana, donde se tallan talentos indudables como Alfredo Pareja, Gilbert y otros. «Canal Zone» es un aporte documental, cuya sinceridad nos era necesaria para el mejor entendimiento de los pueblos indoamericanos.—LAUTARO YANKAS.



### UNA NOVELA ECUATORIANA

Siempre nos ha producido desconfianza una obra en la que aparecen juicios o más bien, elogios, de diferentes personas sobre la personalidad del autor o sobre libros anteriores del mismo. Se nos ocurre que el autor pretende impresionar al posible lector en sentido favorable, sugestionarlo e inducirle a opinar en idéntica forma elogiosa que las personas cuyos comentarios se han reproducido en el libro. Por lo demás, estos comentarios que se colocan en la parte primera o posterior de un volumen, son, la mayoría de las veces, simple cortesía con la que se retribuye el envío de una obra. Casi siempre están desprovistos de sentido crítico y son sólo una alabanza cordial, una apología por lo general inmerecida y que no tiene relación con el contenido intrínseco del libro elogiado.

Frente a esta novela de Humberto Salvador, titulada: *Camarada, apuntes de un hombre sin trabajo*, (1) nos ha sucedido lo mismo, no obstante que el nombre de la obra provocó instantáneamente nuestra simpatía. Empezamos la lectura con temor, con vacilación. Pero pronto comprendimos que nuestras suposiciones estaban fuera de lugar, pues nos encontramos

---

(1) Talleres Tipográficos Nacionales. Quito. Ecuador,